¿NOS AYUDAS?

QUÉ ME CUENTAS

ÁNGEL MENDUIÑA IRIBARREN

©: *Ángel Menduiña Iribarren*

Publicación independiente

Portada Pexels

ÁNGEL MENDUIÑA IRIBARREN nació en Donosti-San Sebastián (Gipuzkoa) el 24 de septiembre de 1961. Ha publicado tres cuentos de ficción juvenil titulados *El tren de los garbanzos* (2011), *Misterio en la vieja mansión* (2012) y *Muertos que alumbran* (2020).

También ha publicado un libro de relatos de misterio para adultos titulado *¿Qué está pasando? Relatos Breves de misterio (2007-2021),* y otro de relatos de humor titulado *Ocho relatos de humo más R (2007.2023)*

En poesía ha publicado tres libros: *Tiempo de hielo* (1983-2010), *Cicatrices* (2013-2019) *y Al viento* (2020-2023).

Todas sus obras se hallan actualmente disponibles en Amazon, tanto en tapa blanda como en formato ebook.

Desde que comenzó a escribir, en 1983, ha recibido varios premios y menciones en diversos certámenes literarios y ha participado en numerosos revistas y antologías literarias junto a otros autores

—Y, por cierto, ¿qué fue de lo tuyo...? ¿Tomaste al fin una decisión?

—La verdad es que no. La cabeza me dice una cosa y el corazón otra.

—¿Y qué vas a hacer entonces?

—No sé. Aún tengo que consultar con los riñones, los pulmones, el hígado...

ÍNDICE

TIEMPO DE CURSOS *7*
TARRAGONA *14*
EL HIJO DEL CATEDRÁTICO *22*
EL TREN DE LAVADO *30*
NUDA PROPIEDAD *38*
ENTRE HIENAS Y MOFETAS *45*
SELLOS, TASAS Y PALOMAS *54*
CARAVACA *61*

TIEMPO DE CURSOS

Eran las ocho y media de una gélida mañana de finales de noviembre. Tres personas esperaban impacientes en una parada de bus. Marisa, la de menos edad, era la que más preocupación mostraba. No cesaba de mirar con insistencia su reloj mientras mascullaba quejosamente entre dientes.

—¡Joder! ¡Que no llego, que no llego! ¡Dónde se habrá metido este autobús!

—¿Tienes prisa? —le preguntó Ana Rosa, una esbelta mujer de cuarenta o cuarenta y cinco años, que parecía la más calmada ante el retraso del transporte público.

—¡Y que lo diga! A las nueve tengo un cursillo al que no puedo faltar, de confección de paraguas con bolsas de plástico recicladas, y a continuación, a las diez y media, mis treinta minutos de mimetización con el reino animal y otros treinta de ejercicios para potenciar la memoria. ¿Eran treinta o eran veinte? Ya no lo recuerdo muy bien.

—No te preocupes, si lo retrasas todo una hora, no creo que te suponga mayor inconveniente.

—¡Pero qué dice! ¡Claro que me supone! A las doce me tengo que trasladar a la otra punta de la ciudad, donde imparto un nuevo curso para aprender a analizar los semáforos nutricionales de Eroski. Seguidamente, debo volver a toda prisa a mi casa para comer, y después, por la tarde… ¡Bueno, ya ni le cuento cómo tengo de liada la tarde!

—Lo imagino.

—Es que ese mundo de los cursillos es una trampa para robarnos el tiempo y el dinero. Yo el único curso que he hecho en toda mi vida fue uno de escalada —intervino Eusebio, el hombre que completaba el trío de ciudadanos que aguardaban en la parada aquella fría mañana.

—¿Hizo usted un curso de escalada? —indagó Ana Rosa—. Eso sí que es interesante. ¿Y ascendió muchas montañas?

—No, señora. No ascendí ninguna montaña. Era un curso de escalada laboral, ya sabe, para ascender puestos en mi empresa.

—¡Perdone! Creí...

—No crea tan rápido. Como le dije, yo no confío en esos cursos. Lo mismo que tampoco creo en la publicidad.

En cierta ocasión compré un perfume a través de un anuncio en una revista porque ofrecían dos al precio de uno y, como era de esperar, nada más que me llegó uno.

—Pero esas cosas se reclaman...

—Y lo reclamé por teléfono. Me aseguraron que no había motivo de preocupación, que el problema era que mientras uno de los perfumes venía de Talavera de la Reina, el otro, que era originario de Asia, venía en un envío aparte desde China.

—Entiendo. Le llegó el de Talavera y el de China, vaya usted a saber qué...

—Pues no. Me llegó el de China y el de Talavera, vaya usted a saber qué...

—Y tú —continuó la mujer tratando de tranquilizar a la joven—, se ve que eres muy aficionada a los cursillos, ¿cuál te resultó más interesante?

—Pues fíjese. Yo creo que uno de cocina tailandesa que realicé hace unos cinco años, en el que aprendimos a cocinar pollo con patatas.

—¡Señorita! —medió Eusebio—. Para guisar un pollo con patatas no hace falta irse hasta Tailandia.

—Claro. Pero es que este tenía la particularidad de que para confeccionarlo no precisaba ni de patatas ni de pollo, lo cual es muy importante para una persona vegana como yo, que jamás he conocido el sabor del pollo, y créame, estaba para chuparse los dedos.

—La creo. Sobre todo porque no habría otra cosa que chupar —opinó irónicamente el hombre mientras se llevaba la mano a la boca.

—¡Es usted un faltón y un grosero!

—Sí, señorita, del barrio de Gros de toda la vida, para lo que se ofrezca.

—Pues como le iba diciendo —continuó explicando la joven—, luego, por la tarde, vuelvo a tener otro curso de equilibrio…

—¡Ese sí que me vendría bien a mí! —interrumpió de nuevo Eusebio.

—Los problemas de equilibrio —apostilló Ana Rosa— casi siempre tienen que ver con el oído interno.

—No se confunda, señora, lo mío no tiene nada que ver con el oído, sino con el odio que le tengo a mi suegra.

Me desequilibra emocionalmente cada vez que la veo, y cuando eso sucede, «foca» es lo más bonito que la llamo.

—¡Encima, machista! —sentenció Marisa.

—Sí, señorita. Ya tuve un juicio por eso. Pero mire, no me condenaron por machista, sino por incomparecencia. Resultó que me citaron en la sala de vistas, y yo interpreté que se referían a la azotea, que era la planta que mejores vistas tenía, y entonces no llegué a tiempo a donde realmente se celebraba el juicio.

—¡Machista y zote!

—Azotea, azotea…

—No discutan —intermedió Ana Rosa—. ¿Decías que aún tenías más cursos por la tarde?

—Sí, aún me quedaba el de lucidez mental…

—Por eso no se preocupe —aseveró Eusebio—. ¡Lucidez mental tiene usted de cojones!

—¿¡Quiere dejar de molestar!? ¡Estoy hablando con la señora!

—¡Perdone, perdone! Ya la dejo tranquila, que a mí no me gusta meterme en varas de once camisas.

—Pues retomando el tema —prosiguió Marisa—, aún me quedaba el curso de lucidez mental, el de macerar percebes, y luego, en mi casa, antes de cenar, la hidroterapia de colon, la gimnasia visual…

«Eso será que ve a un tipo haciendo gimnasia» —pensó Eusebio, que en esta ocasión no se atrevió a abrir la boca.

—…y unos ejercicios de relajación controlada, que no sé muy bien quién controla, porque yo, no. Creo que hoy no me acostaré ni a las tres. Si no les importa, haré aquí mismo las prácticas de mimetización animal para ir ganando tiempo.

Marisa se sentó en el suelo adquiriendo la postura yóguica llamada *sukhasana* y, ante la perplejidad y asombro de sus acompañantes, comenzó a emitir unos sonidos guturales que recordaban al cacareo de una gallina.

—¿Sabe? —intervino Eusebio, dirigiéndose a Ana Rosa—. No habrá conocido el pollo, pero nunca vi a nadie que lo imitara como ella.

—No habrá conocido el pollo, pero seguro que conoció a hombres que intelectualmente no se diferenciaban mucho de él.

—¿No lo dirá por mí? Yo tengo poco de gallina. Si algo me sobra son agallas.

—¡Ah, claro… gallo! ¡Ya decía yo que aquí olía a pescado!

TARRAGONA

En una estación de tren de una ciudad del noroeste español:

—¿Va de viaje o espera a alguien?

—Espero a mi hija, que viene de pasar unos días en Tarragona.

—¿De Tarragona…? Entonces, ¿le habrá llamado por teléfono cuando llegó para decirle que ya había llegado?

—Qué va. Solo fue por cinco días, y mi hija no es de las que acostumbran a llamar. Una vez estuvo dos años en el Tíbet y no llamó ni una sola vez.

—Eso no tiene nada que ver. Tenga en cuenta que en el Tíbet uno siempre está haciendo viajes astrales y cosas así, y lo más seguro es que, aunque usted no se diera cuenta, viniera a verle en más de una ocasión. Pero que un hijo se vaya a Tarragona y no llame para decir: «Padre, madre, ya he llegado a Tarragona». Eso es imperdonable.

—Lo mismo que si se va a Castellón de la Plana…

—No, señor mío. Llamar desde Castellón de la Plana no es la misma cosa. Imagínese: ¡Padre, madre, ya he llegado a Castellón de la Plana! No me compare usted. ¡Pero desde Tarragona…! Ahí no hay excusas que valgan.

—No me convence.

—Venga conmigo a convencerse. Vamos a preguntar a alguien.

—¡Señora, por favor! ¿Sería tan amable de contestarnos a unas preguntas para sacarle de dudas a este buen hombre?

—Pregúntenme.

—¿Tiene usted hijos?

—Dos. Tengo dos hijos. Mi Rocío y mi Pepillo.

—¿Y alguna vez alguno de ellos fue a pasar unos días a Tarragona?

—Sí, mi Rocío ha ido ya tres veces a Tarragona.

—¿Y les llamó por teléfono para decirles: «Madre, padre, ya he llegado a Tarragona»?

—Siempre. Eso es lo primero que ella hace. Siempre que mi Rocío va a Tarragona, lo primero que hace cuando llega es llamarnos y decirnos: «Madre, padre, ya he llegado a Tarragona». Es que si no llamara para decirnos: «Madre, padre, ya he llegado a Tarragona», no la dejaríamos entrar en casa.

—Claro, es que eso no tendría perdón.

—¡No tendría perdón! Yo misma estuve hace unos meses en Tarragona y me comuniqué con mis padres para decirles que ya había llegado.

—Pero a usted, y no se ofenda por la observación, se le ve muy mayor para tener aún a los padres con vida.

—No me ofendo. Yo tengo ya ochenta y tres años, pero no se crea, aún me siento como cuando tenía dieciocho.

—¡Qué maravilla! ¿Y cómo lo consigue?

—Cruzando las piernas.

—¿Cómo dice…?

—Que lo consigo cruzando las piernas. Me siento cruzando la pierna izquierda sobre la derecha. Así me

sentaba a los dieciocho años, y así me siento ahora. Eso no ha cambiado para nada.

—¿Y decía que sus padres aún viven?

—¡No! ¡Qué dice usted! Mi padre murió hace treinta y cinco años, y mi madre, veintiocho.

—Como dijo que se comunicó con ellos hace unos meses…

—Sí, con la ouija. Yo con ellos me comunico mediante ouija. Pero solo cuando tengo algo importante que decirles, como lo de Tarragona. Para decir tonterías no les molesto.

—¿Y qué le dijeron?

—Mi madre me dijo: «Hija, tú eres imbécil».

—¿Perdón…?

—¡Que mi madre me dijo que yo era imbécil!

—No comprendo, ¿pero eso por qué?

—Eso fue lo que le pregunté después: «Madre, ¿por qué me llama imbécil?», y ella me respondió: «Porque el que convierte algo cotidiano en una norma de obligado cumplimiento es un imbécil, y tú acabas de convertir algo

cotidiano en una norma de obligado cumplimiento». Y ya no he vuelto a hablar más con ellos.

—¿Se convence o quiere que hagamos otra prueba? Preguntemos ahora a este señor. Disculpe, caballero, ¿podemos hacerle unas preguntas?

—Mientras no sean de química, sin problema.

—No se preocupe. ¿Tiene usted hijos?

—Sí, tengo un hijo. Se llama Anselmo.

—Y dígame, ¿si su hijo Anselmo se fuera a Tarragona, le llamaría por teléfono para decirle que ya ha llegado?

—Hombre, claro. Ya estuvo una vez, y lo primero que hizo fue llamarme.

—¿Y qué le dijo?

—Decir, no dijo nada.

—Llamó y no dijo nada, ¿cómo es eso?

—Bueno, algo dijo…

—Dijo o no dijo. Aclárenoslo.

—Decir lo que se dice decir, no dijo nada. Pero me dio tres gruñidos.

—No entendí, ¿podría repetirlo?

—¡Que me dio tres gruñidos! Es que mi Anselmo tenía tan solo dos años de edad, y aún no sabía hablar. Su madre lo puso al teléfono y él me dio tres gruñidos. Pero yo, que conocía muy bien los gruñidos de mi Anselmo, sabía que lo que me estaba queriendo decir era: «Padre, ya he llegado a Tarragona».

—Pero, ¿si hubiera ido a Castellón de la Plana le hubiera gruñido igualmente?

—¡No! En Castellón de la Plana ya estuvo cuatro veces con su madre y nunca me gruñó.

—¿Nunca le gruñó?

—¡Nunca! Solamente me gruñía cuando iba a Tarragona. Mire, le voy a enseñar un vídeo de mi Anselmo. Aquí está jugando al fútbol con el equipo de su colegio. Tenía ya nueve años.

—¡Está lento!

—¿A que se nota? ¡Mi Anselmo es puro talento!

—Muchas gracias, caballero. ¿Y ahora qué me dice?, ¿todavía no termina de convencerse? ¿Quiere que hagamos más pruebas?

—No. No es necesario. Ahora que me acuerdo, yo también llamé una vez a mis padres para decirles que había llegado a Tarragona.

—¡Ah! ¿También usted estuvo allí?

—No. Yo no he estado nunca en Tarragona. Yo estaba en mi casa viendo *Los vigilantes de la playa*, pero llamé por compasión.

—¿Cómo que por compasión?

—Sí, porque viendo *Los vigilantes de la playa*, reparé en que todos mis amigos habían estado alguna vez en Tarragona y llamaron a sus padres para decirles que habían llegado, y a mí me dio cierta pesadumbre no haber podido hacerlo nunca, y entonces les llamé y les dije: «Padre, madre, ya he llegado a Tarragona». Pero en realidad no estaba en Tarragona, estaba en mi casa viendo *Los vigilantes de la playa.* Ahora cuando venga mi hija se va a enterar.

Una hora después:

—Hija, estoy muy disgustado contigo.

—¿Y eso por qué, padre?

—¿Cómo es que no nos has llamado a tu madre y a mí para decirnos que habías llegado a Tarragona?

—Padre, es que yo no he estado en Tarragona. Si hubiera ido a Tarragona, lo primero que hubiese hecho al llegar es llamarles y decirles: «Padre, madre, ya he llegado a Tarragona».

—¡Cómo que no has estado en Tarragona! ¡Pero si tú nos dijiste que te ibas a pasar unos días allí…! Nos lo repetiste a tu madre y a mí un millón de veces.

—¡No, padre, no! Yo no les dije que me iba a pasar unos días a Tarragona. Yo lo que les dije fue que me iba a pasar unos días a Tarazona, ¿comprende ahora? ¡A Tarazona!

EL HIJO DEL CATEDRÁTICO

—¡Qué sorpresa, don Felipe!, ¡cuánto tiempo sin vernos…!

—No se extrañe, don Feliciano. Lo que sucede es que le evito.

—¡Aunque levite! ¡Si yo me la paso mirando para arriba…!

—Es que cuando digo que le evito no quiero decir que levite…

—Entonces, ¿qué carajo quiere decir?

—Pues eso, que le esquivo, que le burlo…

—¡Oiga, don Felipe, que tampoco es necesario insultar!

—¡Que no, don Feliciano, que no! Que cuando digo que le burlo, no quiero decir que le burle…

—¡No me joda, don Felipe! ¿Es que acaso pretende tomarme el pelo?

—¿Pero qué pelo? ¡Si ya no le queda…! Mejor hablamos de otra cosa, ¿le parece?

—SÍ. Mejor será. Porque se explica usted como la mierda. Por cierto, ¿qué edad dijo que tenía?

—No lo dije, pero tenía veinticinco… Lo jodido es que ahora tengo cincuenta.

—¿Cincuenta años…? ¡Válgame el cielo! El tiempo corre que se las pela.

—No lo crea. Llegar a estos cincuenta años que tengo me ha costado sesenta y tres o sesenta y cuatro, quizá sesenta y cinco. Ya perdí hasta la cuenta.

—Por el contrario, fíjese, yo estuve hace tres días en el derbi Real Madrid-Barcelona, y me parece que fue ayer.

—¡Es que ese derbi fue ayer…!

—¡No me diga…!

—¡Discúlpeme, don Feliciano, ya le dije…!

—Vale, vale, no se apure; y puestos en el tema, ¿a usted también le gusta el fútbol?

—Hace tiempo que no. Me parece que lo han convertido en un negocio sin escrúpulos que ha rebasado todos los límites de la decencia.

—¿No lo dirá por el beso de Rubiales?

—Mire, ahora que lo menciona, también. Todo está relacionado.

—Sin embargo, el hombre insiste en que aquel beso fue consentido.

—Sí, claro, con sentido machista, querrá decir.

—Y a propósito, don Felipe, ¿usted a qué se dedica?

—¿Yo?, soy banquero.

—¡¿Banquero?! ¡Pero debió de haber hecho una lustrosa carrera para lograrlo!

—¡Qué lustrosa carrera…! Yo la única carrera que he hecho en mi vida ha sido la San Silvestre. Para hacer bancos tan solo necesito madera, clavos y una sierra.

—Y el martillo...

—Sí el martillo también, obviamente.

—¡Uy, qué gracioso es usted! Esto se lo tengo que contar a mi Virginia.

—¡Vaya casualidad! Precisamente de Virginia recibí ayer una carta.

—¿De Virginia, mi mujer?

—No, de Virginia de EE.UU.

—¡Ah! Por un momento pensé…

—Es que usted piensa mucho, don Feliciano, pero lo cierto es que no da una en la diana.

—¿En qué diana?

—En ninguna. En ninguna diana.

—¿No se referirá a Diana Jones?

—Justamente. A esa misma me refería.

—Pues yo en cierta ocasión sí que anduve cerca de trabajar en un banco, ¿sabe?, pero al preguntar en recepción, el conserje me indicó que tenía que subir hasta la última planta, y se me fue la mañana subiéndolas, así que se pasó la hora de la entrevista que tenía concertada.

—¿Es que no había ascensores en el inmueble?

—Sí, ascensores sí que había, pero también eran más de cien plantas que subir.

—¡Bah! Está usted exagerando. Por aquí no hay edificios tan altos.

—No, si el edificio nada más que tenía ocho pisos. Pero había que agarrar aquellas cien macetas y subirlas de una en una. ¿Se quiere creer que no solo no me dieron las gracias, sino que encima pretendían que las volviera a bajar?

—¿Y usted que hizo?

—¡Qué iba a hacer! Salir por patas y olvidarme del puesto. Creo que aún me están buscando para bajarlas. ¡Van listos! Yo no vuelvo a ese banco ni para heredar.

—¿Pero después, sí que habrá trabajado en algo?

—¡Qué va! A partir de ese momento me acogí a la ley del menor.

—¿A la ley del menor? ¡Si peina usted más canas que yo!

—A la ley del menor esfuerzo, quiero decir.

—Desde luego, es usted un caso perdido.

—Pues para que vea cómo son las cosas, don Felipe, aquí, donde me ve, mi padre llegó a ser catedrático.

—¡No me haga reír, don Feliciano! ¿Catedrático de qué? ¡Querrá usted decir *cateerrático*!, que los hay.

—¡No! ¡Quise decir catedrático!

—¡No se sulfure, hombre, no se sulfure! ¿En qué universidad estudió su papá?

—En ninguna universidad. Mi padre estudiaba en las catedrales, ¿sabe? La forma de vaciar los cepillos sin ser visto.

—¡¿Qué me dice?! ¿No encontró ninguna otra fuente de ingresos?

—Fuentes encontró muchas. Pero solo de agua. ¡Y mire que puso anuncios en el periódico buscando...! Aún los recuerdo: «Se ofrece persona cualificada para trabajo no cualificado. Preferiblemente de pocas horas y con muchos descansos».

—¡Madre de Dios! ¡Qué espécimen!

—¿Quién?, ¿mi padre? Pues sepa que con todo eso estuvo muy cerca de convertirse en un intelectual. Tan solo le falto un pequeño detalle.

—¿Sí? ¿Qué detalle?

—Carecía de intelecto.

—Una pena. Por lo demás parecía contar con todas las papeletas.

—Bueno, don Felipe, ¿y hoy qué le ocurrió?, ¿no le tocó hacer ningún banquito?

—¡No me hable, no me hable…! Mi ayudante se puso malo, así que coloqué un cartel en la puerta y aproveché para tomarme un respiro, que dicho sea de paso nunca viene mal.

—¿Y qué decía el cartel?

—Cerrado por disfunción.

—¡Ah! ¿Es que acabó yéndose el pobre de su ayudante?

—Sí, acabó yéndose, pero no a donde usted se imagina. Lo que decía el cartel era: «Cerrado por disfunción», por disfunción anal, me refiero. Así que acabo yéndose, y detrás nos fuimos todos los demás. No era cuestión de resistir en el taller estoicamente, oiga. Imagínese, un sujeto de ciento treinta kilos en irrefrenable incontinencia. La verdad que no pintaba para hacer taburetes ni para hacer nada de nada.

—Lo comprendo, lo comprendo… En fin, le dejo porque tengo que regresar a mi casa. Hoy es lunes y precisamente me toca limpiarme el ano.

—¿Es que solo se lo limpia los lunes? No me gustaría estar en la piel de su Virginia…

—¿Por qué lo dice?

—¡Hombre, estar con un tipo que solo se limpia el culo los lunes…! ¡Madre mía! ¡Figúrese qué domingos…!

—¡Pero qué culo ni qué domingos! Lo que le dije es que hoy es lunes y me toca limpiarme el ano…, el anorak. ¡Usted sí que no da una en la diana!

—En ese caso, ¿por qué no aprovecha y me limpia también el mío?

—¿Qué le limpie, qué…?

—¡Pues qué va a ser…!, el ano… ¡El anorak, no se alarme, don Feliciano, el anorak!

EL TREN DE LAVADO

Cuando el sargento nos formó al final de la tarde frente a la compañía para asignar los servicios del día siguiente, yo no albergaba ninguna duda: elegiría voluntariamente uno que a priori fuese más llevadero. Hacía unos días que me había tocado obligatoriamente el de cocina, y aquello resultó algo que claramente sobrepasaba lo humanamente exigible. Tuve que levantarme a las cinco de la mañana y permanecer en la zona de cocinas y comedores hasta las nueve de la noche. Primero con los desayunos, después con las comidas, y por último con las cenas, que se servían a las 18:30 horas. Claro que no se trataba únicamente de servir, sino que también había que ayudar a elaborarlas, y finalmente, una vez concluidas, recoger y limpiarlo todo. Y cuando digo todo, me refiero a todo: utensilios, bandejas, fogones, fregaderos, mesas, suelos… Quince horas de trabajo ímprobo e ininterrumpido que terminaban por agotar a cualquiera. Así que cuando el sargento ofreció la posibilidad de escoger voluntariamente algunos de los

servicios del día siguiente, antes de asignar por sorteo los que habían quedado vacantes, yo no dudé:

—¿Cuartelero?

—Yo, mi sargento —se apresuró José Ramírez, un recluta alto y desgarbado que siempre estaba dispuesto a lo que fuese antes de formar parte del pelotón destinado a realizar la rutinaria instrucción de cada mañana.

—Y yo también —se unió Calasparra, su inseparable compañero de juergas.

—¿Cantina?

—Para mí, mi sargento —resonó la voz bronca de Arturo Pereira.

—¿Tren de lavado? —continuó el suboficial.

Aquello no sonaba nada mal. Podría resultar divertido. Desde luego no podía ser peor que el turno de cocina o que una jornada habitual haciendo instrucción o pegándote barrigazos por el barro.

—Yo mismo, mi sargento —me adelanté levantando mi mano derecha rápidamente.

Me costó dormir aquella noche, bueno, la realidad era que me costaba dormir todas las noches, pero aquella noche especialmente, pensando en qué consistiría eso del tren de lavado.

Amaneció entre los acostumbrados gritos, amenazas y vejaciones del propio sargento y de los cabos primeros a las órdenes de este:

—¡En cinco minutos los quiero a todos formando fuera, y perfectamente uniformados! ¡Vamos, maricones de mierda, que no están en un hotel! ¡Los he visto más rápidos! ¡Muévanse, si no quieren pasarse todo el fin de semana limpiando retretes!

—Señores —explicó el sargento, una vez estuvimos formados frente a la compañía—. Cuando rompan filas, tiendan dos sábanas en el suelo y echen sobre ellas los calcetines y los gayumbos que tengan para lavar. Luego Sánchez y Valduciel anuden las sábanas y llévenlas sobre el hombro a la lavandería, donde el soldado encargado les dará las instrucciones oportunas.

Hicimos el nudo tal y como nos había indicado el sargento, y nos trasladamos con las enormes sábanas sobre nuestras espaldas hasta llegar a la lavandería, que

se encontraba a unos trescientos metros de donde dormíamos.

Allí, como era de esperar, el soldado encargado nos dio las instrucciones pertinentes:

—Se trata de introducir las prendas en la lavadora, y tras una hora de lavado, sacarlas y meterlas otra media hora en la secadora.

Seguidamente, una vez finalizada toda la operación, tendríamos que volver a colocarlas sobre las sábanas y, de la misma manera que las trajimos, devolverlas a la compañía para extenderlas en el suelo y que cada uno pudiera coger lo suyo. Los gayumbos estaban identificados por un número escrito con un rotulador negro resistente al agua para que no se borrase durante el transcurso del lavado, pero los calcetines se repartían indistintamente al no estar personalizados.

No solo se trataba de las prendas correspondientes a los soldados de nuestra compañía, sino que además teníamos que seguir el mismo proceso con las de otras tres de las ocho compañías de reclutas que componían el campamento, teniendo que realizar en consecuencia cuatro ciclos diferentes de lavado y secado. Únicamente estábamos exentos de la entrega de los montones ajenos a

nuestra compañía, labor que correspondía a otros reclutas pertenecientes a ellas.

Al abrir la primera de las sábanas recibí un impacto en forma de olor desagradable que me hizo comprender que aquella tarea no iba a resultar nada divertida.

—¡Santo Dios, qué peste! —fue lo único que acerté a decir.

—¡Valduciel! —me reclamó el sargento, que en ese preciso momento acababa de hacer acto de presencia en la lavandería—, ¡venga usted para acá!

—¿Para qué?

—Para qué, no, para acá. ¡Meta con garbo las prendas en la lavadora!

Intenté cumplir la orden.

—¿Pero qué está haciendo, Valduciel?

—Mi sargento, estoy metiendo las prendas en la lavadora, como usted me ha ordenado.

—¡Como yo le he ordenado, no! ¿Usted cree que esas son formas de meter las prendas en la lavadora? ¿De una en una? ¿Acaso se cree que tenemos todo el día? ¡Deje

los escrupulitos y coja las prendas con las dos manos, y con más energía!

—Mi sargento, es que me va a dar algo. ¿Usted sabe cómo huele esto? Es insoportable, asqueroso…

—¡Por eso mismo, Valduciel, mejor acabar cuanto antes! ¡Venga, coja las prendas como le he dicho y a la lavadora!

—¡Mi sargento, no me obligue a esto…! ¡Por favor…! ¡Es superior a mis fuerzas…!

—¿Qué se ha creído usted, Valduciel, que está aquí de vacaciones? ¡Láncese ahora mismo a la montaña y agarre las prendas con las dos manos! ¡Como si no hubiera un mañana! ¡No podemos estar aquí veinticuatro horas!

—Es que si yo me lanzo así a la montaña, para mí no va a haber un mañana. Se lo digo muy en serio, mi sargento. Si hago lo que me ordena se van a encontrar con un recluta muerto, y van a tener un problema.

—¡Si no obedece ahora mismo, usted sí que va a tener un problema, y gordo! ¡Valduciel, a la montaña! ¡Ya!

—¡Pero mi sargento...!

—¡Ni mi sargento ni nada! ¡A la montaña! ¡Ya!

Ante la negativa rotunda del sargento, reaccioné de forma impulsiva y desesperada. Sin pensarlo dos veces, tal y como me había ordenado, me lancé sobre aquella montaña de prendas hediondas e infectas y, abrazando contra mi pecho un gran montón de calcetines malolientes y gayumbos manchados de marrón y amarillo, los trasladé hasta la lavadora. Allí los introduje por una pequeña ventana situada en la parte central de la máquina. Creí morir. Jamás en mi vida me había enfrentado a algo tan repugnante y vomitivo. Un hedor pútrido y penetrante se coló por mis fosas nasales hasta lo más profundo de mis pulmones, fulminándome en aquel mismo instante como si me hubiera alcanzado un rayo. Entre sueños, creí oír la voz del sargento, llegándome desde un lugar lejano:

—¡Muy bien, Valduciel!, ¿no ve cómo no ha sido para tanto?

Lo siguiente que recuerdo es que aparecí semiconsciente en la cama de la enfermería.

No tardé mucho tiempo en recuperarme ni en volver a sentir el frío de la noche durante la formación junto a mis compañeros de desventura frente a la puerta de nuestra compañía. El sargento, tras asignar los servicios correspondientes al día siguiente a los voluntarios que se

habían ofrecido para ellos, pasó a sortear los que habían quedado desiertos. Esta vez había preferido no ofrecerme voluntario para nada. Se retiró al interior y tras unos minutos de tensa espera regresó con la temida libreta en su mano:

—Atención, compañía, ¡firmes!, ¡descanso! Los servicios restantes quedan establecidos de la siguiente manera: Imaginarias para esta noche: Alberto Casajús, Antonio Miranda, Fernando Boyero e Higinio Abascal. Servicio de cocina para mañana: Luis Arribas y Pedro Salcedo. Limpieza de cuartel: Adolfo Escobar y Lucrecio Sandoval. Tren de lavado: Santiago Moreno y Salvador Valduciel.

Ni que decir tiene que esta vez no precisé percibir ninguna fragancia inmunda ni el impacto de ningún rayo para caer sin sentido sobre el patio del acuartelamiento.

NUDA PROPIEDAD

Florencio estacionó su automóvil frente al portal de doña Gregoria. Fumaba y fumaba impacientemente, en espera de que la anciana saliera como todas las mañanas apoyándose en su bastón de madera de arce, y diera un par de vueltas a la manzana antes de comprar el pan y regresar finalmente a su domicilio.

Permaneció allí durante quince minutos que se le hicieron como tres horas. Al fin la vio salir al exterior. Iba tapada con un grueso abrigo oscuro y con un llamativo gorro de lana verde que cubría su cabeza. La siguió con el vehículo con la máxima cautela. La mujer, tras concluir las acostumbradas vueltas al edificio, se dispuso a cruzar a la acera contraria por el paso de cebra habitual. Descendió el bordillo con evidente dificultad y comenzó a caminar muy lentamente en dirección a la panadería. Había llegado el momento. Florencio no lo dudó, aceleró el coche hacia el lugar pasando a pocos metros de la anciana, al tiempo que hacía sonar con estrépito su claxon. Pero doña Gregoria, en vez de desequilibrarse o de sufrir la más mínima

alteración cardiaca, como presagiaba su delicado corazón, le lanzó una mirada desafiante e irguiéndose sobre la punta de sus zapatos, blandió al cielo el bastón tallado en madera de arce, entretanto que por su boca soltaba un sinfín de incomprensibles jaculatorias dirigidas contra él.

Era la enésima vez que intentaba atentar contra la vida de aquella mujer a la que consideraba causante de su prolongada desdicha.

Solo habían pasado dos meses desde que, aprovechando el revuelo y la agitación que se producen en Nochevieja, dirigió un potente artefacto pirotécnico contra el balcón de la que supuestamente era la habitación donde descansaba. Pero, lejos de causarle el más mínimo sobresalto, todo lo que logró fue que saliera al exterior bailando manos arriba como si se tratara de la mismísima Marijaia.

Unos días más tarde, Florencio, rojo de ira, protestaba encolerizado en la agencia donde le habían recomendado aquella catastrófica operación.

—¿Dónde se encuentra Sebastián? Exijo verlo de inmediato.

—Ya le he dicho que eso es del todo imposible. Sebastián se jubiló el año pasado. Cualquier cosa que tenga, tendrá que tratarla conmigo. No le queda otra.

—Él me aseguró que este acuerdo apenas conllevaba riesgos, que sería cuestión de unos pocos años.

—Si yo le entiendo, don Florencio…, pero ¡quién lo iba a sospechar…! Doña Gregoria ya contaba por entonces con casi ochenta años y se decía que estaba delicada de salud, que su corazón no aguantaría mucho. ¡Nadie hubiera imaginado que iba a pasar de los cien.

—¡No me venga ahora con milongas! A mí lo único que me importa es que yo desembolsé ochenta mil euros para mi piso y hoy, treinta años después, sigo sin él.

—Créame que lo lamento mucho, don Florencio, pero esto de la nuda propiedad es así. Normalmente resulta un negocio beneficioso, beneficioso para ambas partes, pero desafortunadamente, a veces, en muy contadas ocasiones, sucede lo que le ha sucedido a usted, y entonces hay que apechugar con las consecuencias.

—¡¿Apechugar, dice?! ¡Los cojones! Eso es muy fácil decirlo cuando le ha pasado a otro.

—Mire, en circunstancias normales usted habría hecho un negocio redondo. Se habría adjudicado la propiedad de un inmueble de ciento sesenta mil euros por la mitad de su valor, con la única condición de haber cedido su usufructo a doña Gregoria, a la que solo se le presumía una esperanza de vida de cuatro o cinco años. De eso se trata comprar una nuda propiedad, pero como le he dicho hay imponderables que no podemos controlar, y en ocasiones excepcionales ocurren cosas así. Solo le pido que tenga un poquito más de paciencia. ¿Qué edad dice que tiene ahora doña Gregoria?

—Doña Gregoria cumplió hace dos semanas ciento ocho años. ¡Yo, setenta…!, y mi salud empieza a estar peor que la de ella. ¡Por Dios santo! ¡Han pasado ya treinta años! ¡Hace veinte que empecé a tener problemas con la tensión y hace diez con la próstata…!

—Bueno, don Florencio, eso son pequeños achaques de la edad. Tranquilícese y verá cómo se siente mejor.

—¿¡Tranquilizarme!? No solo invertí hasta mi último céntimo en esa condenada compra, sino que encima tuve que endeudarme. Aún sigo pagando las consecuencias económicas de aquel despropósito al que me arrastraron ustedes. ¡En tan mala hora…!

—Mire, aún puede tener una segunda oportunidad, ahora mismo hay otra nuda propiedad en venta. Se trata de la casa de un hombre de noventa y dos años que se vende un 75 % por debajo de su valor. Si se atreve, en unos meses, porque esto sí es cuestión de unos meses, podría estar viviendo en ella tan ricamente, y un poquito más adelante seguro que también recibiría la de doña Gregoria. Así, podría vender una de las dos a precio de mercado, y a vivir el resto de su vida a cuerpo de rey.

—¡¿Pero cómo se atreve?! ¿Sabe qué le digo? ¡Que les pueden ir dando a usted y a la vieja hinchapelotas esa!

Florencio abandonó el local con un humor de perros y dando un fuerte portazo.

—¡Pero cómo se puede tener tan poca vergüenza! ¡Volver a venirme con eso! ¡Hay que ser canalla para enredar así a la gente!

Pasados cinco meses, el infortunado hombre paseaba una mañana por una calle cercana a su casa:

—Hola, Florencio. Estaba deseoso de poder agradecerte.

—¿Agradecerme, qué?

—¿Pues qué va a ser?, la recomendación que me hiciste de que comprara la nuda propiedad de aquel anciano de noventa y dos años. Pagué una cantidad irrisoria por ella y en apenas dos meses el hombre falleció, y ahora tengo una magnífica vivienda como quien dice por cuatro euros. Y todo gracias a ti. Siempre pensé que eras un hombre muy inteligente. Lo que no comprendo es cómo, siendo tan avispado para los negocios, no has buscado una solución similar para ti mismo. En fin, cada uno sabe sus cosas. No seré yo quien se ponga a decirte lo que tienes o no tienes que hacer. Lo que sí te digo es que un día de estos te llamo y nos vamos a comer. Yo invito.

No tuvo tiempo de digerir aquellas palabras. Justo en ese preciso instante sintió un fuerte impacto en su coronilla, al tiempo que escuchaba una voz chillona detrás de él que le recriminaba:

—¡Usted es el cabrón del claxon!, ¡el cabrón del claxon…!

Florencio acabó ingresado prematuramente en una residencia de ancianos. Aquellos golpes, unidos a la mala sangre que durante treinta años se había hecho con aquel asunto de la nuda propiedad, terminaron por precipitar los acontecimientos. Era cerca del mediodía de una mañana

otoñal cuando recibió una llamada en el móvil mientras su ex, Adela, empujaba lentamente entre los frondosos jardines de aquel centro geriátrico la silla de ruedas en la que se había quedado irremisiblemente postrado para siempre.

—¿Dígame?

—¡Por fin, don Florencio! ¡Por fin! ¡Está usted de enhorabuena!

—¿Quién es? ¿Qué quiere decir?

—Soy Gervasio, el de la agencia. Llamo para comunicarle que ya falleció doña Gregoria. La vivienda es suya.

ENTRE HIENAS Y MOFETAS

—Yo ajusté los cotubelos, pero la medida no fue todo lo eficiente que hubiéramos deseado, porque para cuando terminé de ajustarlos ya se habían desmembrado las cazílegas.

—Y supongo que con las cazílegas desmembradas apenas se podría vislumbrar nada del exterior.

—Bueno, alguna cosa sí que se vislumbraba, pero al estar las cazílegas desmembradas, como le dije, el ángulo visual se estrechaba sobre todo en los objetos que se hallaban a cierta distancia, y así se hacía casi imposible interpretar los datos que nos suministraba el tecniscopio.

—¿Se refiere usted al tecniscopio superior o al inferior?

—¡No, no! Me refiero al superior. Con el inferior no había ningún tipo de complicación.

—¿Pero se habrían enfriado los cables dorsales?

—Sí. Los cables dorsales se enfriaron, pero eso no suponía mayor inconveniente. El verdadero problema no residía en el cableado dorsal, sino en la minuta inalámbrica, que a consecuencia de todo este desajuste terminó por hacer sombra en el aguijón.

—¡¿Cómo que terminó por hacer sombra en el aguijón!? ¿Me está queriendo decir que tuvieron que bombear todo el aceite con el aguijón en sombra?

—¡Exacto! Eso es justo lo que le estoy tratando de explicar. A ver, todo el aceite no, pero el de los ocho primeros contenedores, irremisiblemente?

—¡Carajo! ¿Y cómo pudieron aguantar los soportes la tremenda presión que se generaría.

—¡Qué va! Si los soportes se fueron a tomar por saco a las primeras de cambio. Pero como aún teníamos la raselina intacta, pudimos resistir al menos durante el tiempo que se prolongó el proceso de restauración.

—Lo que no termino de comprender es cómo la raselina se mantuvo intacta, porque las tirolinas estarían ahumadas, no, lo siguiente.

—¡Y que lo diga! Las tirolinas estaban totalmente ahumadas. Pero no terminaron de hacer muérdago en el alambre.

—¡Menudo trance! Nunca me hubiera imaginado nada semejante.

—Es que no es fácil imaginarlo. A mí fue la única vez que me ocurrió, y eso que me mantuve cuarenta años en el oficio.

—Le creo. Yo estuve veinticinco y tampoco vi nada igual. Recuerdo una vez que, a base de apretar las tirolinas, el eje del compresor se contrajo de tal manera que los ciñuecos se dilataron hasta el punto de hacer saltar toda la instalación.

—¡Hombre! ¡Es que a quién se le ocurre apretar las tirolinas indiscriminadamente…

—¡Cómo que indiscriminadamente…! Los unilacos estaban como les daba la gana y no tuvimos otra opción.

—«Los unilacos estaban como les daba la gana y no tuvimos otra opción» (en tono de burla). ¡Usted no tiene ni puta idea de cotubelos ni de unilacos ni de nada de nada.

—¡Oiga, no le consiento…! ¡Pero qué se habrá creído! ¡¿Acaso usted estaba allí para…?

—¡Ni falta que me hace! ¡Apuesto un huevo…!

—¿Me está llamando gallina?

—¡Déjese de gallinas! ¡Apuesto un huevo a que se quedaron sin luz antes de los diez minutos!

—Nos quedamos sin luz, sin jamón y sin cerveza, que alguien aprovechó la ocasión para pimplárselo todo en la oscuridad, pero solamente durante media hora. Gracias a que antes tuvimos la precaución de volcar toda la generaría.

—Bueno, al menos se quedarían con el chorizo.

—Sí, con el chorizo sí que nos quedamos, pero con el papeo… Estuvimos dos días sin comer, ¡casi me desmayo!

—¡Bah!, en realidad que fuera el mes de mayo o junio poco importaba. Lo fundamental fue que al menos tuvieron la precaución de volcar la generaria, porque si no el apagón hubiera durado una eternidad.

—¡Ya le digo…!

—Con todo, no es lo mismo. Porque una dilatación de ciñuecos no es comparable a bombear el aceite con el aguijón en sombra.

—¡Por supuesto que no! Yo era por poner un ejemplo lo más asemejado posible. Desde luego, lo que usted me cuenta no tiene precedentes en la profesión. Por lo menos yo no he conocido ninguno.

—Ni lo conocerá. No es fácil llegar a esa situación. Pero todavía no le he contado a usted lo más gordo.

—¿¡Es que aún hubo más!?

—¡Vaya que sí hubo más! Mire, después de bombear con el aguijón en sombra se desestructuró la viñeta radial, y las protuberancias que generaban las ondas de radio terminaron por reventar los motores coloraos.

—¿Los de la bolsa intrarádica?

—¡Qué los de la bolsa intrarádica! Los del museo de cera.

—¿Es que también hicieron prospecciones en el museo de cera?

—En el museo de cera fue donde más prospecciones hicimos.

—Nosotros también trabajamos con frecuencia en ese museo. ¿Recuerda al director?

—Vagamente. Era un nombre compuesto.

—¿Cómo que era un hombre compuesto?

—Sí, compuesto de cabeza, tronco y extremidades.

—Pues fíjese, yo del tronco no me acuerdo. ¿Está usted seguro de que lo tenía?

—Absolutamente seguro. Al museo siempre vino completo.

—Ahora me está usted dejando en duda.

—Creo recordar que una sola vez se presentó sin cabeza.

—¿Y entonces cómo lo reconocieron?

—Lo reconocimos por la voz. Era inconfundible.

—¿Por la voz? ¿Pero no decía usted que llegó sin cabeza?

—Sí. Pero pasaba que este hombre hablaba hasta por el culo, ¿sabe?

—¡Tiene usted razón! ¡Ahora sí que lo recuerdo! Se llamaba Mat Delman. Y volviendo al tema, siendo las cosas como cuenta, seguro que el aislamiento acústico también les fallaría con regularidad, en el museo, me refiero.

—Totalmente. El aislamiento acústico era lo primero que fallaba, pero lo que verdaderamente nos preocupaba era la recolocación de elementos situados en lugares incorrectos.

—Lo comprendo. Pero eso es inevitable. Siempre terminan por aparecer elementos colocados en lugares incorrectos.

—Lo malo no era eso, sino que al intentar recolocar estos elementos no podíamos garantizar de ninguna manera que se reubicaran en espacios siquiera un poco más apropiados. A veces sucedía lo contrario: que acababan en los sitios peores. Bueno, a veces no, ¡siempre!, ¡para qué vamos a engañarnos.

—Y esto sucedería también con los ventrílocuos y las mofetas.

—Sobre todo con las mofetas. A menudo nos traían cajas llenas de ellas, aunque algunas veces estaban solo

por la mitad, y esa situación se podía prolongar durante meses.

—Me imagino que elevarían la correspondiente reclamación ante sus superiores.

—¡Y tanto…! Yo personalmente reclamé en repetidas ocasiones a mi jefe, pero él no decía ni Pamplona.

—Ya, y todo esto les debió suponer un gran contratiempo. Sobre todo las llenas. ¿Les trajeron muchas llenas?

—No. Las hienas reían alrededor del edificio. Sus carcajadas nos inquietaban a todos en medio de la noche. Pero nunca nos las trajeron.

—Pues menos mal que fue así, porque entre hienas y mofetas…

—Y no se olvide usted de los ventrílocuos.

—Sí, claro, los ventrílocuos también. Justamente eso le quería decir, que entre hienas, mofetas y ventrílocuos apenas hubieran podido avanzar en el proyecto.

—Es que si le digo la verdad, no avanzamos ni una mierda, y eso que estuvimos en él cuarenta años.

—Es aterrador todo lo que cuenta, pero ¿sabe algo?, lo que no acabo de entender es por qué su jefe debería de haber dicho Pamplona.

SELLOS, TASAS Y PALOMAS

Perfecto llevaba más de dos meses intentando finalizar una gestión con la Administración: obtener un permiso de caza. La idea se la habían metido en la cabeza unos viejos amigos con los que se había reencontrado después de veinticinco años, y que como buenos asesores financieros que eran, siempre recomendaban «lo mejor de lo mejor».

—Mire, señor Gilipo…

—Gil Hipólito. Mi nombre es Perfecto Gil Hipólito.

—Le llamaré Perfecto. Mire, señor Perfecto, es que para tramitarle este permiso necesito que me presente un certificado de penales. Pero no se preocupe, lo puede solicitar aquí mismo, en la planta nueve, ventanilla seis. Eso sí, esta ventanilla cierra por descanso entre las once y las once y media. Así que dese prisa o tendrá que esperar media hora más.

—Muchas gracias, caballero. Voy corriendo, porque ya son las once menos diez. A ver si me cogen.

Perfecto se dirigió apresuradamente a los ascensores.

—¡Santo Dios! ¡Qué cola! Tendré que subir por la escalera. ¿Cómo puede ser que tan solo haya un ascensor en un edificio de nueve plantas? Y, para colmo, el certificado de marras lo tenían que poner en la última. Además, ¿para qué coño necesitarán un certificado de penales si no pretendo más que cazar unas pocas palomas?

Cuando llegó extenuado a la novena planta, el reloj marcaba las once menos cinco.

—Menos mal —se dijo, con ese optimismo ingenuo que solo se tiene cuando no se tiene experiencia en tramitar gestiones con la Administración.

La ventanilla estaba vacía. Dos minutos después apareció una señorita.

—Disculpe, caballero, pero es la hora de nuestro descanso. Volveremos a abrir a las once y media. Tómese un café y enseguida le atiendo.

—¡Pero si he llegado cinco minutos antes…! ¿No me puede atender? Es cosa de un momento.

—Ya le he dicho que no. Tómese un café y enseguida volvemos a abrir.

Perfecto, resignado, se acercó a la zona de ocio. Introdujo un euro en una máquina expendedora de café, sin sospechar que su eficiencia era similar a la de la institución que la albergaba. Seleccionó café solo sin azúcar y pulsó el botón. No le salió café. Pulsó devolución: nada. La máquina no estaba para muchas concesiones, ni aun las que en buena ley le pertenecían.

El hombre, a continuación, tomó un periódico viejo que encontró sobre una mesa junto a las máquinas y leyó:

«Detenido el atracador de Carabanchel. El atracador de Carabanchel, conocido por haber asaltado con éxito dieciséis sucursales bancarias en los últimos dos años, ha sido detenido cuando intentaba huir en un barco que zarpó de Barcelona con destino a Nueva York. Según declaró el capitán de la nave, el sospechoso se confesó autor de los atracos tras escuchar por megafonía que en siete días atracarían en el puerto de Nueva York.

—Se acercó a mí —declaró el capitán— y se ofreció a participar en el “atraco”, alegando su amplia experiencia profesional adquirida en España durante los últimos años».

Cuarenta minutos después, Perfecto estaba de nuevo frente a la señorita, tras haber perdido más de media hora de su tiempo y un euro de su patrimonio. Decidió que no merecía la pena alterarse. Son cosas de la Administración, pensó, razonamiento que no solucionaba nada, pero, no se sabe por qué, le tranquilizaba.

—Buenos días, señorita. Necesitaba un certificado de marras, digo, de penales, para solicitar un permiso de caza.

—Entiendo, pero para que yo le expida ese certificado tiene que traerme antes el permiso. Y luego, con todo, ir a que le pongan el sello.

—¿Qué sello? ¿Ahora también me mandan a Correos?

—No, no. Un sello de caucho. Se lo ponen cuando presente el permiso junto con el certificado que yo le facilitaré, en la planta séptima, ventanilla doce.

—¿Planta doce, ventanilla séptima? ¡Si aquí no hay más que nueve plantas…!

—¡Al revés! Planta séptima, ventanilla doce. Pero dese prisa, porque siempre hay cola y, como no se apremie, igual tiene que volver mañana. ¿Ya pagó las tasas?

—¿Qué tazas? Metí un euro en la máquina y no me salió ni taza, ni vaso, ni café, ni leches.

—Las tazas no: las tasas. Antes debería haber ido a su banco a abonar las tasas correspondientes con la solicitud.

—¡Y dale con las tazas! ¡Que no he roto ninguna taza! ¡Que quiero un permiso de caza!

—¡No me grite, señor! Le hablo de la tasa, el impuesto, no de las tazas.

—¡Ah, el impuesto! Pues dígalo así, que me está usted liando. Eso ya lo tengo pagado.

Perfecto decidió dejarlo para otro día. Se estaba poniendo nervioso, y eso no era bueno para su delicada salud cardíaca. Recogió los impresos y abandonó el edificio pensando que, en un par de días, volvería a empezar desde la ventanilla de información general, esa de la que uno casi siempre sale con menos certezas que cuando llegó, pero con muchos más papeles.

Dos días después, Perfecto estaba de nuevo ante el empleado de dicha ventanilla.

—Pero usted me habló de un permiso de obra o algo de la casa.

—¡Qué va! Un permiso de caza. Para cazar palomas y cosas así, por los montes.

—¡Ah! Disculpe, entonces le entendí yo mal. Espere cinco minutos y se lo expido. Mientras tanto, rellene este impreso: marque una X donde proceda y déjelo en blanco donde no proceda.

—¿Y cómo sé yo si procede o no procede?

—Muy fácil: si lo ampara la disposición transitoria correspondiente, procede. Si no lo ampara, no procede.

—Muchísimas gracias. Me ha sido usted de gran ayuda.

Perfecto, por fin con el permiso en la mano, subió a la novena planta sin molestarse en mirar el ascensor. Subió despacio, pero sin pausa, como quien se dirige a firmar su sentencia de muerte. Llegó a la ventanilla.

—Señorita, buenos días otra vez. Ya lo tengo todo.

—Lo siento mucho. Se nos acaba de caer la red.

—¡Bah! Por eso no se preocupe. Yo no necesito ninguna red. Lo mío era una licencia de caza.

—Me refiero a la red informática. Los ordenadores no se pueden conectar. Y esto va para largo. Vuelva mañana.

—¿Y no pueden hacerlo a mano, como antes?

—No. Sin ordenadores no se puede hacer nada.

—Pues ¿saben qué les digo? Deberían ubicar aquí la Protectora de Animales. Acaban de salvar ustedes mil palomas.

Y, rompiendo en cuatro pedazos todos los documentos, abandonó el edificio convencido de que una buena parte de la fauna avícola había salvado la vida… gracias a la Administración.

CARAVACA

—¡Hola, buenas tardes! Me podría decir cómo llegar al acuartelamiento de Caravaca. Me tengo que incorporar al servicio militar dentro de hora y media, pero no tengo ni idea de cómo llegar.

—¡Uf, ya está usted tardando! El acuartelamiento de Caravaca está en Caravaca del Pinar… Pero a cuál se refiere ¿al de soldados, al de guardiamarinas o al de urogallos?

—No. Al de uruguayos, no. Yo nací aquí en España.

—Me entendió mal. No dije uruguayos, sino urogallos.

—No sabía que había tantos cuarteles. Mi carta solo dice: «Acuartelamiento de Caravaca»

—No se preocupe si no lo localiza. Ya se encargarán ellos de localizarle a usted. De agarrarle por los cascabeles y…

—¿Y…?

—Y mejor no entrar en detalles. ¿No va firmada su carta?

—Sí, mire usted mismo. Aquí la tengo. Firmado: coronel Bernardo Toro.

—¿Bernardo Toro? Entonces no busque más… ¡deserte! Deserte ahora que puede.

—No le comprendo. Explíquese mejor.

—Deserte o recibirá más cornadas que un capote en San Fermín. Sé de lo que mugo.

—Por cierto… yo le conozco. ¿No se apellida Becerra o algo así?

—Becerra era mi apellido antes de hacer el servicio militar. Ahora soy Vaca Corneada.

—¿Usted también hizo la mili? ¡Cuénteme! ¿Dónde fue eso?

—Pues justamente en el acuartelamiento que busca. Fue hace veinte años, pero le aseguro que aún me quedan cicatrices.

—Se nota que le ha dejado huella, porque se le ha quedado cara de buey.

—Se me ha quedado cara de buey de tanto que rumié las órdenes que nos daban. Lo cierto es que no sabía si tan solo estábamos siguiendo órdenes o nos intentaban meter a todos dentro de un orden.

—Se le ve un hombre experimentado en estas lides. ¿Por qué no hace la mili en mi lugar? Le podría compensar… digamos con cincuenta kilos de hierba… no, mejor cincuenta mil… ¡no, espere!, cincuenta millones de toneladas de hierba… ¿qué le parece?

—¿Cincuenta millones de toneladas de hierba? Con eso podría montar un negocio de venta de praderas de clase A para las clases pudientes.

—¡Un negocio de praderas! ¡Qué bonito! Podría expandirlas incluso por palacios ¿Ha tenido la oportunidad de entrar en alguno?

—Una vez estuve a punto de entrar en el de la Moncloa.

—¿En calidad de presidente?

—No. En calidad de delincuente. Intentaba robar alguna cosilla.

—La verdad es que, leyendo los periódicos, no hay mucha diferencia.

—La diferencia es que yo, por entonces, robaba para llegar al fin de mes, y ellos, si podían, te robaban hasta el mes. ¡Menudo ganado!

—No se haga mala sangre. Estaba lloviendo…

—¡Qué va! Si por esa época apenas llovía…

—Digo que estaba yo viendo aquel prado de enfrente y se me están disipando las ganas de incorporarme al ejército. ¿Me acompaña usted a pastar un rato?

—Le acompaño, al menos mientras no nos lo quiten. Que ya lo dijo el gran Gabriel García Márquez: «Si la mierda tuviera algún valor, los pobres nacerían sin culo».